

Con destino a Madrid

Autor: Manolo Campa

La salida del vuelo estaba señalada para las 19:00. Nos informaron que saldríamos a las 23:00. El retraso era de cuatro horas. Mi reloj solamente marca las horas de 1 a 12. Eso y las preocupaciones del vuelo me tenían confundido. Pasé más trabajo que un contador sin calculadora para convertir aquellas horas militares a horas de reloj de pulsera.

La compañía de aviación, en un acto de desagravio, nos invitó a cenar en el restaurante de lujo que está en el "penthouse" del aeropuerto. Mi mujer se sintió halagada. Yo me hubiera contentado con un "café con leche" en vez del pollo frito descrito en el menú en francés. Lo ordené pensando que era tasajo con boniato pues más o menos así me sonaban las palabras en el idioma de Napoleón Bonaparte.

En la mesa a mi derecha se sentó una pareja que iba en el mismo vuelo. El tenía una botella de vino blanco para su consumo y ella una de vino rojo. Los dos dijeron que estaban a dieta pero se alimentaron como si no lo estuvieran. Cuando entraron en confianza nos confesaron que ignoraron la moderación en el comer para aprovechar al máximo la invitación de la aerolínea.

Desafortunadamente dejé saber mi temor a los aviones. El ya tenía la botella de vino vacía y la alegría a tope. Con su mejor intención pero consiguiendo aumentar la flojera que tenía en mi interior, me recomendó insistentemente que tomara un buen seguro de viajero "por si las moscas". "Por unos centavos", me dijo, "tu familia quedará económicamente bien si tú 'entregas los tenis' en este viaje".

Sus palabras me sonaron a despedida de duelo. Debí de poner mirada de carnero camino al matadero que él interpretó como que no lo había entendido. "Entregar los tenis", me aclaró, "es lo mismo que 'guardar el carro', 'cantar el manisero, o 'estirar la pata'". ¡Qué hombre tan siniestro!, pensé tratando de consolarme.

A los pasajeros, antes de pasar al avión, nos hicieron atravesar por un marco sin puerta para hacernos un examen de rayos equis en busca de armas escondidas, como medida para evitar los actos de terrorismo. Hasta ese momento no había pensado en este otro riesgo. Agregué esta nueva preocupación a las otras que ya estaban anidadas en mi mente angustiada.

Antes de despegar me ajusté el cinturón de seguridad siguiendo las instrucciones escritas y dichas por la aeromoza menos moza, la jefa que daba todas las órdenes... me recordaba a mi suegra que siempre quiere estar al mando. Lo hice tan fuertemente que me estaba comprimiendo la vejiga con los resultados que esta presión externa produce. Tener esta "urgencia" en pleno vuelo no me hacía gracia. Me sentía como un niño en el cine: con ganas de ir pero con miedo a hacerlo.

Al despegar, todavía se veía tierra, las aeromozas nos dieron una explicación sobre la careta de oxígeno, las salidas de emergencia, los salvavidas individuales situados debajo de cada asiento y otras "etcéteras" escalofriantes.

Mi mujer se colocó en las orejas unos alambres para oír música o las palabras de una película vieja, nominada por mí para el premio del "clavo de año". Ella se quedó dormida enseguida. Yo no. Mis parlantes no emitían sonido. No los había puesto en "on". Me enteré de esto cuando nos dieron el desayuno casi llegando a nuestro destino y cesaron los ronquidos del americano al otro lado del pasillo.

El "tejano", lo bauticé así tan pronto lo pude estudiar un poco: a duras penas cabía en el asiento, calzaba botas de vaquero, tenía dedos de ordeñador de vacas, con falanges cuadradas. Vestía deportivamente un saco arrugado, a cuadros, que no hacía juego con las otras prendas que llevaba puestas.

A pesar de que yo trataba de actuar con soltura, disimulando como todo un hombre de valor, notó que yo estaba "arratonado". Sonriendo con suficiencia de viajero experimentado pidió dos "wiskis en la roca" para ayudarme a olvidar mis penas... uno era para él, el otro para mí, pero resultó también para él pues no pude aceptar aquella cordial invitación. El "wiski" no me gusta, me sabe a paletica de "popsicle".

El "llanero solitario" encargó otra ronda doble de nuevo y se quedó dormido cuando terminó de disponer del último "en las rocas", dando comienzo a otro concierto de ronquidos de alto volumen.

¡Al fin llegamos! Después de una eternidad en el aire aterrizamos en un aeropuerto español con nombre de naipes: Barajas. Cuando salí del avión me parecía que la gente de Madrid era muy fina. Tenía la sensación de que hablaban muy bajito, no les oía bien. Le comuniqué esto a mi mujer y con arrogancia de "tour director" me informó que era efecto de la altura, la presión en la cabina y el ruido continuado de los motores a chorro. ¡Tan científica que repugnaba!

A continuación les copio la oración que me envió una amable lectora. No puedo darle crédito a su autor porque me es desconocido. Me "viene como anillo al dedo" para finalizar este artículo.

ORACION DEL TURISTA

Padre nuestro:

Ampara a tus humildes y obedientes turistas, condenados a viajar por esta pícara Tierra tomando fotos, enviando "e-mails" y comprando recuerdos.

Te rogamos Señor que evites que el avión sea secuestrado o que se nos extravíen las maletas y permite que pase inadvertido el exceso de equipaje.

Ilumínanos para escoger con tino el hotel nuestro de cada día. Condúcenos a restaurantes buenos y baratos, donde incluyan el vino en el precio de la comida.

Concédenos la sabiduría de dar la propina correcta en una moneda cuyo valor desconocemos.

Danos fortaleza para visitar los museos, catedrales y palacios... y si por casualidad pasamos por alto algún monumento histórico, a fin de echar una siesta después del almuerzo, perdónanos Señor porque la carne es débil.

Dios Todopoderoso: Protege a nuestras esposas de las "Gangas" que ni necesitan ni pueden pagarse y no las dejes caer en la tentación, pues no saben lo que hacen.

Y cuando haya terminado el viaje: dispénsanos la merced de encontrar amigos sufridos, dispuestos a ver nuestros "videos" y a escuchar nuestros relatos... de modo que nuestra vida de turistas no haya sido en vano.

AMEN